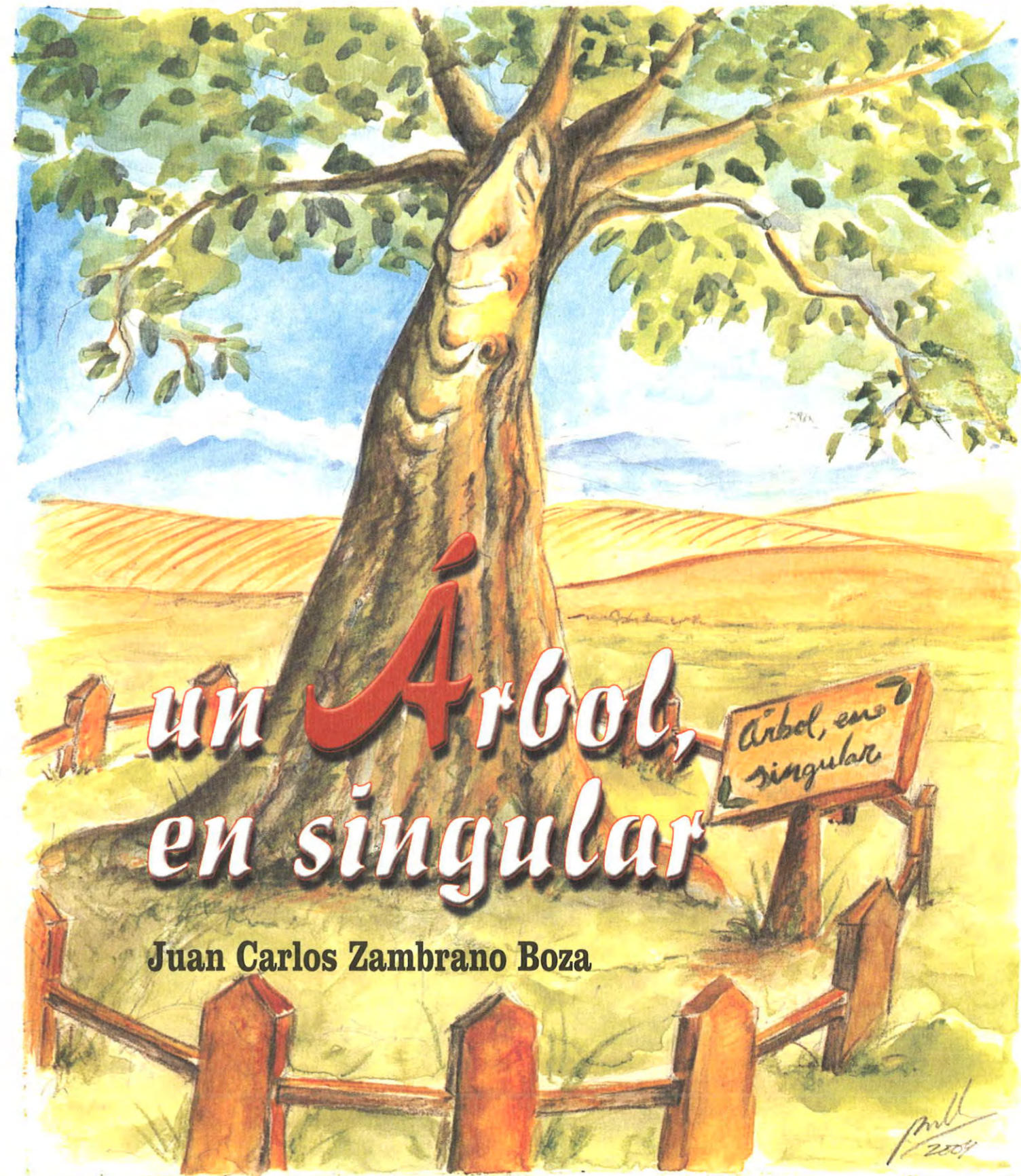


Una vez más la Junta de Extremadura reitera su voluntad y apuesta por la sensibilización, la protección y el uso respetuoso de la naturaleza.

Las generaciones futuras, nuestros hijos y nietos, quieren leer y escuchar la voz de la naturaleza y del entendimiento de los seres humanos con ella. Para contribuir a satisfacer ese deseo y para conseguir una naturaleza accesible a todas las personas hemos querido que todos podamos soñar, cantar, leer, oír e imaginar en nuestras voces y en las de aquellas que nos aman; sólo así conseguiremos un mundo solidario en el que “lo importante es llegar todos juntos”.

Para acercar la naturaleza y sensibilizar a los más jóvenes la Consejería de Agricultura y Medio Ambiente ha realizado la edición de los cuentos ganadores en el VII Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura “El Medio Ambiente cuenta”.

Consejería de Agricultura y Medio Ambiente
JUNTA DE EXTREMADURA



Juan Carlos Zambrano Boza

Nace en Fuente de Cantos (Badajoz) el 29 de abril de 1963 .

Licenciado en Ciencias de la Información, rama Periodismo, por la Universidad Complutense de Madrid. Trabaja desde abril de 1992 en El Periódico Extremadura, donde es redactor Jefe de Sección en Mérida.

Fue Primer Premio en el IV Certamen 2000 con el cuento "A Ignacio ya no le dan miedo los bichos" publicado por la Editora Regional.

Ganó el certamen de artículos periodísticos sobre el tren de alta velocidad de la Cámara de Comercio e Industria de Badajoz en 2003. Ese mismo año, fue finalista del concurso Francisco Rodríguez Arias de periodismo, convocado por la Sociedad Económica de Amigos del País de Badajoz.

Un árbol, en singular

Juan Carlos Zambrano Boza

Ilustraciones:

Pura Martínez Llarena

Juan Carlos Zambrano Boza

Un árbol, en singular



Dirección General de Medio Ambiente

Consejería de Agricultura y Medio Ambiente

© De esta edición:

JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente

© Juan Carlos Zambrano Boza

© Ilustraciones: Pura Martínez Llarena

ISBN:
84-8107-053-X

Depósito Legal:
BA-276/Mayo 2004

Publicaciones de la
Secretaría General
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente
Avenida de Portugal s/n.- 06800 MÉRIDA
<http://www.juntaex.es>



Hoy ha llovido un poco antes del amanecer. Fue un chaparrón corto, como si las nubes no estuvieran seguras de si era aquí donde tenían que descargar, precedido por el retumbar de truenos lejanos y algún que otro chispazo que anticipó el fin de la noche.

Al menos sirvió para refrescarme un poco. Cuando cayeron las primeras gotas, estiré todos mis brazos y los abrí como intentando abarcar el campo entero. El agua lustró mis hojas hasta dejarlas brillantes y así pude respirar mejor (yo tomo el aire por las hojas, por si no lo sabías. Sé que puede resultarte algo raro, pero es que yo soy muy raro, ya verás). La lluvia también resbaló por mi piel, metiéndose en las arrugas hasta caer a mis pies y colarse en la tierra, lo que me permitió alimentarme mejor (como por los pies. Qué raro ¿verdad?).

Ya tenía ganas de tomar algo fresco, después de tantos días de calor.

Luego apareció el sol, y su llegada levantó nubes de vapor que se quedaron muy cerquita del suelo, difuminando piedras, cercas y matorrales ya agostados.

A mi, estas mañanas me suben la melancolía, y, a veces, hasta suelto alguna lágrima de savia ¿No te pasa a ti lo mismo?

Hoy me he puesto a recordar mi vida. Soy muy viejo ¿sabes? Soy tan viejo que, a mi lado, la persona más vieja del mundo, esa que sale algunos días en la tele, que habita en regiones tan lejanas y de nombre tan exótico como Cáucaso o Mongolia; esa que dice alimentarse de leche cuajada de algún animal con nombre no menos exótico y vive en una choza; pues ésa, comparada conmigo, es como un niño de pecho al que su madre tiene que acunarle para que duerma sin miedos.

Mi primer recuerdo es de cuando tenía unos pocos meses, y no levantaba más de un palmo del suelo. Mi padre, o quien yo creo que debía ser mi padre, me protegía: apartaba los brazos de los demás para que, entre aquella maraña, me llegase el sol y la lluvia, o me tapaba con los suyos para que los animales no se comiesen mis brotes.

Entonces, aunque no te lo creas, todo esto estaba cubierto de otros como yo, de manera que cualquier cosa que ocurriese al otro lado de aquellas lomas, se sabía aquí al momento, porque los árboles se lo chismorreaban unos a otros de copa a copa.

Los había de todos los tamaños, edades y tipos. Los viejos, como yo soy ahora, que daban consejos continuamente, unos sabios y otros no tanto. Los jóvenes (muchos no tendrían, calculo yo, más de cien o ciento cincuenta años), que se pasaban el día jugando a hacer rimas absurdas sobre los otros habitantes del bosque, del estilo de:

*Lobo solitario
que baja hasta el río,
o es que tiene sed
o es que se ha "perdío"*

o aquella de:

*El águila en el cielo
gira y gira más.
Buscando comida
se va a marear*

y las noches haciendo crujir sus ramas para asustar a los escasos caminantes que se aventuraban por estas tierras a la caída del sol.

¿Que dónde están los otros, me preguntas? ¿que por qué me he quedado solo? Trataré de explicártelo, pero tendrás que tener paciencia. Ten en cuenta que soy muy mayor (¿qué edad me echas? ¿trescientos? ¿cuatrocientos? Pues no, tengo más de novecientos años) y hay cosas que no recuerdo muy bien.

Pero, mejor, mírame por dentro. ¿Ves los anillos, unos metidos dentro de otros, y de otros, y de otros...? Pues cada uno es un recuerdo, si sabes leerlos. Los hay más claros, que son las cosas buenas que he visto, y más oscuros, que son las cosas que quisiera no haber visto.

El primero, el más pequeño, se formó cuando estaban construyendo aquel castillo que se ve a lo lejos. Sí, ese que ahora tiene la muralla desdentada y las torres mochas.

Luego, verás algunos oscuros, del mismo color que otros mucho más grandes que tengo cada poco, cada demasiado poco. Son las guerras. Recuerdo muy bien cómo me impresionó la primera, no porque fuese mejor ni peor, que todas son iguales: unos quieren una cosa que otros tienen. Se pelean, los unos para conseguirla, y los otros para mantenerla. Al cabo, alguien gana y alguien pierde, pero ¿sabes lo más curioso de todo? El que gana tampoco consigue la cosa, porque se ha roto durante la pelea.

Pero, bien, a lo que iba, que siempre me pasa lo mismo: empiezo una cosa y enseguida me voy por las ramas.

Lo primero que sentí aquella vez fue el retumbar del suelo, y cientos de trompetas y tambores a los dos lados del bosque. Luego, por arriba de la loma aparecieron nose cuántos hombres vestidos de hierro, montados en caballos también cubiertos, y con unas lanzas larguísimas. Fue un espectáculo tan terrible que era casi bello. Al momento, salieron de castillo otros tantos igualmente vestidos y armados, y se fueron unos contra otros.



No te puedo precisar mucho más, porque ya te digo que no entiendo ni las guerras ni de guerras. Sólo sé que durante horas se escucharon golpes, gritos, relinchos, carreras de un lado a otro, confusión, polvareda... Después, de pronto, un silencio aún más sobrecogedor que el estruendo anterior. Siempre ocurre así: el viento se detiene; los pájaros permanecen mudos, y apenas puede escucharse algún gemido o llanto.

Aquel primer día, horas después de la batalla, un caballero que había perdido su montura se acercó, renqueante y sujetando un yelmo abollado, y se dejó caer, exhausto, cerca de mi. Entonces vi algo terrible que luego he tenido que contemplar más veces, la cara de la derrota: todo el dolor, la desesperación, el espanto y el cansancio estaban en sus ojos.

Poco le duró el descanso al guerrero humillado. Pronto aparecieron en el lugar cuatro o cinco caballeros, y uno de ellos gritó "¡aquí hay uno!". Le ataron sin contemplaciones las muñecas con una soga y le obligaron a caminar, casi arrastrándose, detrás de sus caballos. También a estos les vi la cara. No era mucho más agradable que la del derrotado. Es mentira que la victoria sea bella y dulce. No, en los ojos de los ganadores había venganza, soberbia, revancha y alivio, pero no alegría.

Con todo, lo peor no es eso. Lo peor son los niños como tú. En todas las guerras, en todas, habéis perdido. Fuese cual fuese el ganador, siempre había una caravana de niños asustados, hambrientos, ateridos y tristes que vagaba sin rumbo.

En mi vida he visto cómo cambiaba la forma de hacer la guerra: cada vez se iba matando más y más deprisa, pero el resultado en vosotros es siempre igual: los ojos sin brillo y los huesos marcados bajo la piel.

Sí, no te preocupes, no he olvidado tu pregunta. Te decía que antes éramos muchos, muchísimos. Entonces, hace siglos, los hombres venían aquí a por leña con que calentarse. Recogían las ramas del suelo o bien cortaban con hachas aquellas que se nos habían secado. ¿Que si me dolía? No, claro que no. Es como cuando a tí te cortan el pelo o las uñas. Además, cuando uno de nosotros se moría de viejísimo, lo cortaban, pero enseguida crecía otro nuevo en su lugar.

No fue de un día para otro que me quedé solo, no creas, pero cada vez los hombres buscaban más ramas, y ya no les bastaba con las secas. Querían también nuestros troncos para convertirlos en casas, en puertas, en vallas, en todo lo que se te ocurra, y, como cada vez había más casas, también había más chimeneas y no necesitaban más ramas para alimentarse.

Del hacha pasaron a la sierra, y de ahí a estas que arrancan con un ruido que mete miedo. Pronto fueron tan deprisa que ya no nos daba tiempo a llenar los huecos que dejaban. No, no creo que fuese por maldad, es que no se daban cuenta de que así, más tarde o más temprano, acabarían con todos, y entonces ¿cómo se iban a calentar?

Otro día nos dimos cuenta de que ya no elegían árboles aislados, más o menos al azar, sino que se colocaban en una zona y los cortaban todos; sólo entonces cambiaban de sitio, tras cargar los troncos pelados en camiones enormes. ¿Qué estaba pasando? Uno, el más alto de nosotros, el que podía mirar bien a lo lejos, se enteró y nos lo contó; nos querían para hacer papel. Habían puesto allí cerca una enorme fábrica que humeaba día y noche por chimeneas parecidas a árboles muertos, y allí hacían hojas con nuestro cuerpo.

Si lo miras bien, eso no está tan mal. Mejor que arder o ser puerta donde llamen de madrugada noticias desgraciadas, podíamos convertirnos en libros en los que aprender o imaginar, o en hojas en blanco donde se escribieran cartas de amor y perdón. Sí, ya sé, soy demasiado optimista, porque también podemos terminar siendo facturas o sentencias, pero eso ya no depende de nosotros. Lo que tengo que confesarte es que no me gusta nada que, después de que mis compañeros se han perdido para que haya papel, muchas veces no le déis importancia a ese sacrificio, y tiréis las hojas casi sin utilizarlas, porque eso significará que tendrán que llevarse a más como yo, pudiendo evitarlo.

Así es como empezó a ralearse (que quiere decir que cada vez éramos menos) el bosque. Los que quedábamos en pie estábamos cada vez más alejados unos de otros, y teníamos que hablar a gritos. Luego, ni eso. Nos mirábamos de lejos sin poder entendernos, sólo pensando quién sería el próximo.



Además, también estaban los incendios: un rayo que rasga el cielo y se agarra a la copa de un árbol, para luego crecer, saltar de uno a otro, emprender una carrera enloquecida que sólo el viento o la lluvia pueden detener. O un hombre que prende una llama creyendo poder controlar el fuego, cuando éste es siempre más fuerte y más astuto que ningún hombre.

¿Ves ese anillo grande, casi a flor de corteza, que es tan blanco? Este no es de una alegría, es de un susto. Fue en el último incendio, hace muy poco, tan poco que tú ya habías nacido. Las llamas se acercaron tanto que me lamieron los pies; todavía se ven las marcas. Cuando creía que había llegado mi hora, de pronto, escuché un ruido en lo alto y, al momento, ¡chas!, se me vino encima un golpe de agua como nunca había caído, y las llamas se apagaron.

Miré al cielo y lo vi: un pequeño avión que daba la vuelta para ir otra vez a llenar su panza en el lago. A los pocos minutos, llegaron los hombres, agotados, con las caras tiznadas, y, pese a su cansancio, se quedaron todo el tiempo que hizo falta hasta asegurarse de que yo estaba bien y no corría peligro.

Veo que te estoy poniendo triste, y eso me disgusta. Lo siento, pero quería que conocieses primero lo peor. No creas, sin embargo, que mi historia ha sido desgraciada. No, estoy, por experiencia (y de esa tengo mucho) contra los que creen que la vida no es más que una sucesión de cosas malas, y que la felicidad consiste en intentar esquivar o no salir demasiado dañado de los golpes o ignorar que, a veces, sucede lo que nadie querría que sucediese. No, si te fijas bien, hay muchos más anillos claros que oscuros.

Intentaré contarte algunos, porque para todos haría falta convertir en papel dos o tres bosques como el que había aquí. Por ejemplo, vamos a ver... éste. ¡Mira!, a mitad del tronco, justo ese que en una parte tiene algo que lo quiebra y no deja que se cierre de todo el círculo. ¿Puedes tocarlo? es metálico ¿verdad? Pertenece a un pastor. Un día, cuando yo era aún joven (él también) llegó con su ganado. Sacó de su bolsillo una alcayata y, con ayuda de una piedra, la clavó en mi corteza (no, no me hizo daño, fue como cuando a ti te ponen una vacuna: tienes mucho miedo pero luego ves que no es para tanto, que sólo es un pinchazo pequeño). Después, se quitó la chaqueta y la colgó del ahí.



Siguió viniendo día tras día, año tras año, a hacerme compañía. Yo ya estaba entonces casi solo. Se quedaba horas y horas absorto, apoyado en su garrota, con la mirada perdida, pensando, haciendo planes, y revisando sus recuerdos. Poco a poco, me di cuenta de que podía entrar en sus pensamientos y, así, hablar con él. La primera vez que lo hice se asustó mucho: dio un respingo y se puso a mirar por todos los lados en busca de quien le hablaba, sin darse cuenta de que la voz estaba dentro de su cabeza. Luego, me miró, primero con recelo, pero después su sonrisa se iluminó, y desde ese día nos hicimos amigos. Él me contaba sus cosas y yo las mías. Nos reíamos juntos de las ocurrencias de algunos de su pueblo, y de lo que yo le relataba sobre los animales del bosque.

Cuando daba alguna cabezada, yo vigilaba el rebaño y luego le informaba: dos se te han ido hacia el barranco, una está en aquellos espinos, tres han ido a beber... y las encontraba al momento.

Pasaron los años, y yo fui creciendo y el envejeciendo. La alcayata, al hacerse más ancho mi tronco, se fue metiendo más y más en mí. Un día no volvió, pero ese clavo me quedó para siempre y, gracias a él, me acuerdo del pastor, y de los otros que han venido después: gente buena, que amaba su tierra, que se preocupaba por sus animales, que, pese a estar casi siempre sola, confiaba en las personas, que se sentía parte de mí, de las piedras, de los arroyos...

Y no sólo pastores, que llevo conocidos bastantes maestros, y de todos he aprendido, y, aunque me esté mal el decirlo, ellos algo de mí. Sí, maestros de escuela, como los que te enseñan a ti, que se sentaban a mi sombra a leer libros que contaban historias, mostraban lugares lejanos, explicaban o describían sentimientos en forma de poesías o traían noticias de otros países. Yo aprovechaba para leer por encima de sus hombros, y así dentro de mis anillos hay otros que, sin ser cosas que yo haya visto, es como si las hubiese vivido.

Pero no sólo conocí a los que enseñaban a niños, también me vinieron a ver otros maestros, de esos que saben oficios, como carpinteros (que me daban un poco de miedo, porque me palpaban como tratando de calcular cuántas sillas, mesas y armarios se podrían hacer conmigo), alfareros, zapateros,

herreros, cesteros... De sus conversaciones, yo me fui haciendo idea de lo que hacían, y casi conozco esos oficios tan bien como el que más.

También me han visitado muchos como tú, y, precisamente, a hacer lo que estás haciendo ahora, columpiarte en mis ramas, trepar, reír... Los recuerdo a todos y ellos a mí. Muchos han vuelto luego, cuando ya eran mayores, con sus hijos. Se han acercado y acariciando mi corteza, han dicho: "mira, aquí me subí yo a jugar a Tarzán cuando era como tú".

Tengo, además, muchos anillos claros de solidaridad. ¿Que qué es eso? Pues ayudar a quien lo necesita sin esperar que te dé las gracias o, más aún, sabiendo de antemano que no te lo va a agradecer.

Fíjate ahí, en esa parte del tronco y lee la historia: Un día pasó por aquí corriendo un hombre, enloquecido de miedo, y se ocultó detrás de la roca aquella. Instantes después llegó un jinete portando una larga estaca en la mano. Yo quería avisar al que huía de que se había escondido muy mal, que se le veía una pierna, pero no sabía cómo. Claro, el jinete terminó descubriéndole, y dijo en tono triunfal "¡Ya te tengo!", al tiempo que alzaba la estaca.

No sé por qué le perseguía. Creo que decía algo de que era diferente. Eso no lo sé porque a mí todos me parecís iguales. Me hace gracia cuando decís: "los blancos y los negros", "nosotros y los otros". ¡Si sois todos iguales! ver, ¿dónde están los blancos y dónde los negros? La mayoría, si no todos, sois las dos cosas, sois marrones, así que dime a mí cómo os distinguís. Igual que nosotros, que tenemos las hojas todos verdes, unos más grandes, otros más pequeñas, más claras, más oscuras, ¡pero imagínate que empezásemos a decir: ése es de hojas blancas; aquel, negras; el de más allá, moradas...! Y tú mirando y mirando a ver quién era quién y viendo verde y más verde, ¡que locura!

A lo que iba. El jinete espoleó su caballo, pero en ese momento, una pequeña serpiente cruzó por delante del animal, que se asustó y derribó al hombre. ¡No veas el golpe que se dio! Creí que se había matado, pero no, se movía. Tenía una herida en el brazo por la que sangraba mucho, y estaba medio inconsciente por otro golpe en la cabeza. El perseguido salió con muchas pre-

cauciones de su escondrijo, y le miró. Al ver que ya no podía hacerle daño, se dio la vuelta y empezó a alejarse.

Al poco, se detuvo, volvió y miró de nuevo al herido. Se fue, volvió, y así varias veces. Yo quería gritarle que le ayudase, que si no, se desangraría, pero no podía. Por fin, se decidió: rompió su camisa en jirones e hizo un torniquete par detener la sangre que manaba del brazo. Luego, tomó la cantimplora que lleva el caballo y lavó las heridas de la cabeza, mientras el otro, más sorprendido que asustado o enfadado, le preguntaba una y otra vez: “¿qué haces? ¿por qué me ayudas?”

No pudo responderle, porque aparecieron otros jinetes, y, antes de que nadie pudiese hacer o decir nada, uno gritó: “¿está aquí! ¡ha atacado a uno de los nuestros!” (otra vez con lo de los nuestros!), y golpeó con la estaca en la cabeza al que sólo trataba de ayudar.

Luego, le arrastraron hasta un árbol y le ataron sin darle agua ni comida, mientras esperaban a que su compañero herido se recuperase para poder marcharse. Sin embargo, éste, cuando pudo ponerse en pie, dijo que soltasen al prisionero. Los otros le preguntaron si la caída del caballo le había dejado tonto, y le dijeron que, de ninguna manera, que no iban a soltarlo después de tanto esfuerzo, y que se lo llevarían para “darle su merecido”.

Bien –dijo entonces el herido– puesto que ha parado a ayudarme (ya les había explicado lo que había ocurrido) merece, al menos, que le dejemos una ventaja y luego le cogemos. Es lo justo.

Los otros no estaban muy de acuerdo, pero el herido se mantuvo firme y les convenció diciendo que el prisionero estaba agotado, y le cogrían enseguida. Así, explicó, se divertirían un rato más.

De este modo, quedaron en que los jinetes se alejarían hasta lo alto de una loma cercana, y cuando el herido –que dijo que aún estaba débil para seguir con la persecución– les avisara, saldrían otra vez a perseguir al otro.

En cuanto se marcharon, el herido desató al prisionero y le dijo:



“deprisa, dame tu ropa y ponte la mía. Ahora, coge mi caballo y vete, cabalga hacia el pueblo, en esa dirección no te seguirán, creerán que te has internado en el bosque”. dicho y hecho. Cuando el prisionero desapareció cabalgando, dio el aviso convenido y se fue andando hacia el corazón del bosque.

Los jinetes aparecieron enseguida –creo que hicieron trampas y no se habían alejado apenas– de manera que vieron al herido (que ellos tomaron por “el otro”) cuando aún estaba muy cerca. Con un rugido salvaje de triunfo, se pusieron al galope y le rodearon con sus caballos. Ya iban a golpearlo, pero el herido alzó entonces la cara y les miró con una gran sonrisa.

¿Qué es lo que pasa? ¿qué juego es este? –preguntó uno muy enfadado– ¿dónde (aquí dijo una palabrota) está “el otro”?

El herido contestó: “¿No os dais cuenta? Decís “el otro”, pero en cuanto nos hemos cambiado las ropas, habéis creído que “el otro” era yo. ¿Qué sentido tiene perseguir a la gente por cómo vayan vestidos?”

La mayoría de los jinetes –todos menos uno– comprendieron lo que quería decir, y bajaron la cabeza y se alejaron despacio, sin hablar. Sólo quedó uno, que miró a todos con furia y, tras gritar “¡yo he venido aquí a lo que he venido!” se adentró cabalgando en el bosque. No volví a saber nada de él, ni tampoco viví mas persecuciones.

¿Qué dices ahora? ¿que qué son los corazones que tengo grabados en la corteza? Tengo muchos más, pero ya dentro, porque se hicieron hace muchos años. No, no te lo puedo contar, aunque no son historias desgraciadas, salvo unas pocas, sino muy bellas. No es por eso, es que son historias de amantes y no tienes aún edad para escucharlas y entenderlas. A veces, hasta a mi me daba un poco de vergüenza estar allí, “espiando” cuando ellos se creían solos, pero no podía irme, así que trataba de no ver, de no oír... ¿Qué son amantes, me preguntas? Pues... verás... mejor que se lo preguntes a tus padres. Además, ya está anocheciendo y tienes que irte. Ven otro día y seguiré con mis anillos, que, como ves, tengo para estar años sin parar de hablar.



Sólo te contaré la última por hoy. ¿Por qué crees que me dicen *Árbol*, en *Singular*? No, no es porque esté solo aquí. Te cuento: hace unos pocos años, vinieron unos hombres con herramientas raras, y mazas, estacas puntiagudas, enormes tijeras de podar, serruchos... Creí que todo había terminado, que acabaría como el resto de mis compañeros, y sólo quedaría de mi otro tocón en el suelo que pronto serviría para criar setas, como un poblado de duendes.

Pero no, en vez de cortarme por abajo, empezaron a peinarme las ramas y acicalarme; quitaron las ya inútiles, me ajustaron por aquí, me limpiaron por allá... Mientras, otros clavaron las estacas a mi alrededor, y colocaron esos carteles que has visto, donde dice eso de "*Árbol*, en *Singular*" (ya sé que no pone "en" ni hay coma, pero debe ser porque se ha borrado. Sino, dime tú que quiere decir, porque yo no lo entiendo), y viene mi edad -me da un poco de vergüenza- y quién soy.

Por lo que comentaban cuando estuvieron formando todo este revuelo, parece que alguien ha pensado que, mejor que cortarme para que luego hagan papel donde se cuente alguna historia, es mejor que siga en pie, con todas mis historias guardadas en los anillos. Así, evitarán tener que cortar bosques y bosques, porque yo llevo tantas dentro como las cabrían en todo ese papel y, además, no tendrán que añadir más escritos, porque yo seguiré sumando anillos, alimentando mis historia, que es también la tuya, la de los que estuvieron antes que tú y la de los que vendrán después.



TÍTULOS PUBLICADOS I Certamen 1996

Primer Premio:

Antonio Gómez Hueso
"Negrocarbón y las siete gigantas"

Segundo Premio:

María José Guillén Rubio
"Avatar"

Tercer Premio:

Ramón Garrido García
"El árbol que sólo tenía una hoja"

Mención Especial:

Andrés Carballo Expósito
"La odisea de las hormigas"

II Certamen 1997

Primer Premio:

Andrés Carballo Expósito
"La hija del águila"

Segundo Premio:

José Antonio Palomo Molano
"Un tesoro en la Red"

Tercer Premio:

Ignacio del Dedo Rodríguez
"Un arca de palabras"

III Certamen 1998

Primer Premio:

Paloma Orozco Amorós
"Historias de otra tierra"

Segundo Premio:

Mónica de Castro Pardo
"...Sólo estrellas"

Tercer Premio:

Nieves Fernández Rodríguez
"Aladina y la botella maravillosa"

IV Certamen 2000

Primer Premio:

Juan Carlos Zambrano Boza
"A Ignacio ya no le dan miedo los bichos"

Segundo Premio:

Ana Galisteo Pérez
"El viaje de los animales"

V Certamen 2001

Primer Premio:

M^a Pilar López Ávila
"La leyenda del pájaro de ceniza"

Segundo Premio:

Juan Ángel Parejo Sosa
"El bosque que nos enseñó a cantar"